

INEFABLE OÍZA

Sobre Sáenz de Oíza

PUBLICADO EN

Poetica Architectonica. Ed. Mairera. Madrid, 2014

INEFABLE OÍZA

Sobre Sáenz de Oíza

Conviene a Oíza con toda propiedad, como arquitecto, lo que escribe Eduardo Galeano: “Los hombres somos lo que hacemos. Y lo mejor de lo que hacemos es cambiar lo que somos”. El cambio en la permanencia. O la permanencia en el cambio. Así es, cambiante con un cierto aroma borgiano, la arquitectura de Oíza. Y es que no es fácil, es imposible, encasillarle con ninguna etiqueta arquitectónica. Aunque tras esa diversidad de formas se encuentre siempre un entendimiento profundo de los problemas que la arquitectura plantea.

Escribí hace tiempo sobre la manera de cómo entendía Oíza el problema arquitectónico de la torre utilizando la imagen del cráter para expresar cómo él resolvía el momento clave de la arquitectura vertical en su encuentro con el plano horizontal de la tierra. La solución del cráter repetida en sus dos edificios más importantes y que pueden parecer tan distantes formalmente como Torres Blancas y el Banco de Bilbao, evidencian no sólo el cambio sino también la permanencia. Me interesa resaltar aquí precisamente cómo aun con formas tan diferentes, el núcleo central de la cuestión sigue siendo el mismo. Y la respuesta al problema central, por encima de las formas es la misma. Al igual que el curvar de sus esquinas. El cráter. La permanencia.

En Oíza son inseparables sus tres facetas como persona, como docente y como arquitecto. La acendrada honradez de Oíza como persona no se puede separar de su probada maestría como docente ni de su incontenible fuerza como arquitecto. La fuerte arquitectura de Oíza, el maestro.

CÁSEDA-NAVARRA 1918.OÍZA. LA PERSONA: LA ACENDRADA HONRADEZ

Veo a Oíza sentado en su casa de Pollensa donde acudimos a visitarle en un verano de 1994, en la terraza en alto, dominando el paisaje. Rodeado de amigos. Con las puertas siempre abiertas de par en par. Con el ameno discurrir de su conversación. Con la amplia familia en reunión cordial. Oíza, como un sabio, con la sabiduría que da una vida de sobriedad y de honradez estricta. Nunca ha cedido. Siempre se ha resistido. Limpio, como cuando mira. Y te cuenta lo de siempre como si fuera nuevo, y como nuevo suena en nuestros oídos. La importancia del umbral. El poema vasco. El punto gordo. La trigonometría. Las series. Etc...

MALLORCA. PRIMAVERA DE 1996

Era Oíza jurado de un concurso de un edificio de oficinas en Inca-Mallorca. Con Rafael de la Hoz, Martínez Lapeña y Nicolau como arquitectos entre otros. Entre los inscritos estaba yo. Y había un proyecto “como de Campo Baeza”: blanco, puro, paralelepípedo, nítido. (Bueno, de lo que algunos creen que es Campo Baeza). Gran parte del jurado nada más aparecer los paneles sobre la mesa lo defendía como baza segura. Oíza calló y sólo habló al final. Atacó fuerte a aquel proyecto, con razones, para defender a otro que, diametralmente opuesto, era un proyecto contextual, con muros de piedra, de

marés, cerrado hacia fuera y abierto hacia dentro, transparente, lleno de luz. Y lleno de palitos y de árboles. Lo que el lema resumía como un “jardín secreto”. Y cuanto más los otros insistían en el proyecto nítido e impecable, más insistía Oíza en el de los palitos (“que debe ser de alguien muy joven recién salido, con toda la frescura y el ímpetu de alguien con las ideas muy claras”). Al final salió adelante el proyecto que Oíza defendía con tanta fuerza. Y al abrir las plicas se produjo el milagro: el de los palitos era de... Campo Baeza. El proyecto, ya construido, parece que da la razón a Oíza. Una visita suya a la obra ya construida daba fe, una vez más, de su generosidad.

MADRID 1958-1998. OÍZA DOCENTE: LA PROBADA MAESTRÍA.

Veo a Oíza, como lo vi siempre en la Escuela de Arquitectura de Madrid, rodeado de alumnos. Como Mies, y como Corbu. Y siempre interpeándoles, sugiriéndoles, provocándoles. Convenciéndoles, fascinándoles, subyugándoles. El tiempo larguísimo e intenso que Oíza ha dedicado a la enseñanza es ejemplar. En vez del catedrático distante y desaparecido que busca en la distancia la admiración ignorante, Oíza siempre ha estado y está cerca de sus alumnos. Enseñando como por ósmosis, boca a boca. Enseñando con las reglas más eficaces de la mayéutica. Como un clásico socrático. Embaucando con sus gestos arrebatadores. Transmitiendo su último descubrimiento, su última novela leída, su último poema encontrado. Con la generosidad de los docentes que sirven a los alumnos, lejos de servirse de ellos. Todavía recuerdo que a veces me cruzaba con Oíza, yo ya de profesor, que volvía de la Escuela andando. Porque volvía a veces a casa andando, siendo coherente con su persona.

PAVÍA. VERANO DE 1983

Era Oíza una de las grandes figuras que visitaba aquel curso internacional de verano en la espléndida ciudad italiana que es Pavía. Las clases y las conferencias se impartían en la bellísima universidad del Piermarini y el impresionante Borromeo de Pellegrini, un antiguo palacio donde se vivía y se tenían parte de las actividades. En lo formal todo, como la misma Italia, a lo grande. Los buenos oficios de Javier Bellosillo y de Remo Dorigati hacían posible aquella maravilla. La conferencia de Oíza, en el jardín fue detonante y se convirtió en punto de necesaria referencia. Pero lo más extraordinario fue compartir unos días, pocos, con Oíza, el maestro, a su lado. Con gestos generosos como el de tras una cena con no pocos comensales, todos estudiantes, descubrir que Oíza había pagado, o pasear con él por Mantova (la casa del Mantegna) o por Vigébanò donde el cardenal español Caramuel hiciera aquella magnífica plaza. Oíza hablando. Todos escuchando. (Todavía muchos años después en una cena en Milán, donde revisábamos el artículo que me habían pedido los de Zodiac sobre Oíza algunos de los presentes recordaban aquel verano en Pavía y cómo les había impresionado su generosidad).

MADRID 1998. OÍZA ARQUITECTO: LA FUERZA INCONTENIBLE.

Oíza inefable. Oíza inclasificable. Oíza inencasillable. Oíza siempre comenzando. Como un corredor de fondo. Gana las carreras, y en vez de retirarse a disfrutar del triunfo,

vuelve al comienzo de la pista. A empezar de nuevo la carrera. No es de los que se suben al podio. Como otros. Sigue participando. Sigue concursando. Sigue trabajando incansable.

Sus obras pueden ser leídas desde su idiosincrasia. No desde un estilo. Ni desde una etiqueta. Su actitud expectante, de eterna juventud, siempre abierto hace que, formalmente, siempre cambie. Y sorprenda. Y a veces desconcierte: el cambio en la permanencia o la permanencia en el cambio. Como andando, sin parar, sobre una cinta de Moebius.

Pero por encima de aciertos o desconciertos, vista toda su obra en conjunto hay que reconocer la fuerza arrebatadora de la arquitectura de Oíza, que es la de un maestro del tiempo que le ha tocado vivir. Cada uno de sus edificios, Aránzazu, Torres Blancas, Banco de Bilbao, Santander, M-30, son el buque insignia de las muchas travesías que en el tiempo hace la arquitectura. Se diría que más que edificios, ha construido símbolos de su tiempo.

LONDRES. PRIMAVERA DE 1991

Estábamos invitados a dar unas conferencias en la sede central del RIBA en Londres. Para mí era un honor inmerecido estar al lado del maestro en tamaña situación. Yo había preparado muy cuidadosamente mi conferencia y mi discurso en inglés, ensayando incluso una pretendida buena pronunciación. Incluso tuve la osadía de darla en inglés ante mis alumnos en la Escuela de Madrid, que me hicieron precisas correcciones. Oíza llevaba también preparado el texto en un inglés impecable. Aquellos días visitamos la casa de Soane en Lincoln's Inn Fields, maravillosa, y la National Gallery, y también otras cosas. De ello dan fe algunas imágenes muy difundidas. Con Oíza siempre se está bien. Es un hombre profundamente culto, de conversación muy amena, y cariñoso.

Cuando le llegó a Oíza el turno de su conferencia, en la abarrotada sala del RIBA, a poco de empezar abandonó su guion sobre la mesa y esgrimiendo su peculiar inglés particular mantuvo en vilo durante dos horas al proverbialmente flemático auditorio británico que no cesaba de vibrar al son que marcaban las palabras de Oíza. Tal era su poder de convicción. Rieron, lloraron y se emocionaron con Oíza. Con su arquitectura y su persona. El final fue una ovación fuerte y prolongada, muy poco inglesa.

MAESTRO

Los de Zodiac, la prestigiosa revista italiana, me pidieron hace poco un artículo sobre Oíza, para un número que dedicaron a los grandes maestros europeos. Figuraban allí Jørn Utzon, Fernando Tavora, Aldo Van Eyck o Colin St John Wilson entre otros. Con una obra sólida todos ellos. Con un tiempo ya largo confirmando sobradamente su calidad ya indiscutible. Con una actitud, todos ellos, de profunda humildad de la de verdad (siempre le digo a Oíza que tiene que verse con Utzon en Mallorca adonde van las dos largas temporadas a serenar el alma). Todos ellos por encima de la levedad de

la fama, tienen un enorme peso propio, con la densidad de los que ya están en la Historia. Esta consideración por los europeos de Oíza como maestro es más que significativa.

MADRID-MALLORCA 1998

A caballo entre Mallorca y Madrid. De la serena terraza de Pollensa a la concentrada habitación de General Arrando. Sigue, envidiablemente joven, en su radical honradez. Sigue, y ojalá por muchos años, de una u otra manera en su docencia. Su amena conversación, siempre positiva, no deja nunca de tener un cierto deje pedagógico. Y sigue, erre que erre, concurso tras concurso, proyecto tras proyecto, con esa voluntad férrea de hacer arquitectura, de poner en pie la arquitectura de nuestro tiempo. Como un Maestro.

Si cortamos el tronco del cerezo
No hallaremos las flores en él.
Sólo la primavera tiene
La semilla del florecer.

La bellísima versión de José Angel Valente, el poeta, de este hermoso Koán del árbol resume de alguna manera lo que yo quisiera decir de Oíza, el maestro, y de su arquitectura. Oíza es el tronco y las flores y la primavera y las semillas. Así de arrasador es él, su vida y su obra.

N.B.

Escribí este texto sobre Oíza hace mucho tiempo. Nunca se llegó a publicar y quiero recuperarlo ahora dándolo a la luz en este libro. Oíza era no sólo genial sino además una persona de una enorme generosidad. Querría que esta publicación fuera un pequeño homenaje al maestro.